

La génesis y la evolución de la valoración moderna del paisaje en Cataluña

JOAN NOGUÉ¹ ✉

Recibido: 16/11/2015 | Aceptado: 22/04/2016

Resumen

El presente texto esboza la génesis y la evolución de la valoración moderna del paisaje en Cataluña, desde mediados del siglo XIX hasta el presente. Para entender mejor dicha evolución se han establecido cuatro etapas. La primera etapa, la que va de finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil española, es de gran relevancia por su carácter seminal y por la estrecha conexión de la valoración cultural y simbólica del paisaje con los orígenes del pensamiento catalanista. La segunda se refiere al período franquista y en ella prácticamente desaparece cualquier interpretación del paisaje que se vincule al catalanismo político. La tercera etapa va de los primeros años de la democracia hasta la quiebra del consenso constitucional, a principios de los años 2000, y la cuarta etapa, la actual, está estrechamente relacionada con el cambio de paradigma impulsado por una sociedad civil que reclama, entre otros derechos, el de autodeterminación. El artículo muestra que, de una manera u otra, la valorización del paisaje en Cataluña ha tenido siempre una connotación identitaria y de reafirmación de una personalidad propia y diferenciada y ha sido siempre concebido como el resultado de un largo y lejano proceso de historicidad del territorio y de territorialización de la historia.

Palabras clave: Paisaje, Cataluña, Sociedad civil, Identidad nacional, Autodeterminación

Abstract

Genesis and evolution of the modern appreciation of the landscape in Catalonia

The present text outlines the genesis and evolution of the modern appreciation of the landscape in Catalonia, from the mid 19th century to the present. In order to better understand this evolution, four stages are established. The first stage, which stretches from the end of the 19th century to the Spanish Civil War, is of great importance for its seminal nature and the close connection between the cultural and symbolic appreciation of the landscape and the origins of Catalanist thought. The second refers to the Franco period, marked by the practical disappearance of any interpretation of the landscape linked to political Catalanism. The third stage spans from the first years of democracy until the breakdown of constitutional consensus at the beginning of the 21st century, and the fourth and current phase is closely related to the paradigm shift introduced by a civil society that vindicates, among other rights, that of self-determination. The article shows that, in one way or another, the appreciation of the landscape in Catalonia has always had a connotation of identity issues and reassertion of a distinct and differentiated personality, and has always been conceived as the result of a long and distant process of historicity of territory and territorialisation of history.

Keywords: Landscape, Catalonia, Civil Society, National identity, Self-determination

1. Departamento de Geografía. Universidad de Girona. joan.nogue@udg.edu

Résumé

Genèse et évolution de l'appréciation moderne du paysage en Catalogne

Le présent article évoque la genèse et l'évolution de l'appréciation moderne du paysage en Catalogne, depuis la moitié du XIXe siècle jusqu'à nos jours. Afin de mieux appréhender cette évolution, quatre étapes ont été identifiées. La première, qui s'étend depuis la fin du XIXe siècle jusqu'à la Guerre d'Espagne, est déterminante par sa nature originelle et les liens étroits entre l'approche culturelle et symbolique du paysage et les origines de la pensée catalaniste. La deuxième correspond à la dictature franquiste, période au cours de laquelle disparaît toute forme d'interprétation du paysage liée au catalanisme politique. La troisième étape démarre avec le retour à la démocratie et prend fin au début des années 2000, quand le consensus autour de la Constitution espagnole commence à séroder. Enfin, la quatrième étape, l'actuelle, est étroitement liée au changement de paradigme promu par une société civile qui réclame notamment le droit à l'autodétermination. L'article montre que d'une façon ou d'une autre, l'appréciation du paysage en Catalogne a toujours eu une connotation identitaire et de réaffirmation d'une personnalité distincte, et qu'elle a toujours été conçue comme le résultat d'un très long processus d'historicisation du territoire et de territorialisation de l'histoire.

Mots clés: Paysage, Catalogne, Société civile, Identité nationale, Autodétermination

1. Introducción

El año 2015 ha revestido un carácter especial en Cataluña en relación con la cuestión de la valoración social y cultural del paisaje. Se han cumplido diez años de la Ley de protección, gestión y ordenación del paisaje y también diez años de la creación del Observatorio del Paisaje (y, por si ello fuera poco, quince años del Convenio europeo del paisaje, que inspiró en su momento el conjunto de las políticas de paisaje catalanas). Además, se han culminado los catálogos de paisaje y de ellos ha emergido un nuevo mapa que cubre el conjunto del territorio catalán. Se trata del mapa de paisajes de Cataluña, constituido por 135 unidades de paisaje, que no son propiamente tipologías de paisaje, sino más bien espacios de vida cotidiana en torno a un paisaje vivido y percibido por la gente del lugar; es decir, paisajes que tienen un carácter propio como resultado de las históricas interacciones de elementos naturales con otros tantos culturales.

Por otra parte, también en este año 2015 hemos asistido a la eclosión de dos procesos sociales y políticos de enorme calado que, directa o indirectamente, influyen en la valoración social y cultural del paisaje. Me refiero, por un lado, a la consolidación de un proyecto social y político de carácter soberanista e independentista que cuestiona de raíz la organización territorial del Estado diseñada por la Constitución de 1978 y que, como es habitual en todo proceso de regeneración nacional, redescubre las potencialidades y valores del propio territorio, entre ellos el paisaje. Por otro lado, como sucede también en otros ámbitos geográficos peninsulares y europeos, nos hallamos ante una sociedad que aspira a reencontrarse con los lugares a través de nuevas e imaginativas fórmulas, como resultado de un cambio de paradigma liderado por colectivos sociales que entienden la acción política de otra manera, como se puso de manifiesto en los resultados de las elecciones municipales del 24 de mayo de 2015 y, en especial, en los de Barcelona, ciudad en la que ganó la candidatura «Barcelona en Comú», uno de los exponentes de dicho cambio de paradigma.

Es, pues, un buen momento para volver la vista atrás e intentar esbozar la génesis y evolución de la valoración moderna del paisaje en Cataluña, es decir la que va de mediados del siglo XIX hasta el presente. Para ello, voy a establecer cuatro fases, cuatro etapas, incidiendo sobre todo en la primera, por su carácter histórico y seminal de dicha evolución. Para la última fase, la actual, no tengo otro remedio que adoptar una perspectiva más bien ensayística, al tratarse de un proceso incipiente, que acaba de explotar y cuyo desenlace final, por tanto, es incierto y de muy difícil pronóstico.

2. Paisaje e identidad nacional en Cataluña. Los orígenes

Entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se establecen las bases del pensamiento catalanista contemporáneo. Estas bases se caracterizan, entre otros rasgos, por contener dos raíces hasta cierto punto contradictorias: la del modernismo y la del *noucentisme*², como veremos a continuación. La primera respondería a los cánones del nacionalismo romántico de inspiración germánica; la segunda, a un nacionalismo clasicista, lleno de referencias a la mediterraneidad y de apariencia más bien cívica y de acción. Ambas perspectivas han tenido una notable difusión e incidencia, especialmente en aspectos territoriales y paisajísticos.

Efectivamente, el paisaje será un elemento importante en la construcción ideológica del catalanismo, algo que ya se iba gestando desde las décadas de 1830-1840, que es cuando se inicia la denominada *Renaixença*, un movimiento literario de exaltación de la propia lengua y de las propias raíces culturales (Nogué, 2005). Por aquellos años, Cataluña participaba ya de las corrientes de cambio en la valoración estética y simbólica de la montaña que se vivían en el resto de Europa y este elemento del paisaje se convertiría con el paso de los años en una pieza clave de la simbología catalana, en un 'paisaje esencial' que daba sentido a todo el territorio. A partir de entonces, la montaña tendrá, cada vez más, un carácter mítico, regenerativo y casi iniciático. Será símbolo de pureza y de virginidad.

La plasmación política de la *Renaixença*, un movimiento literario que podríamos calificar claramente de regionalista, será, unos años más tarde, el modernismo, que tiene ya, ideológicamente hablando, un elevado componente nacionalista. La idea de que España no es más que un Estado que incluye auténticas naciones como Cataluña se extiende a partir de ahora como la pólvora, coincidiendo precisamente con la crisis del 98 y la guerra colonial, que no hace más que propiciar la coyuntura ideal para desentenderse de un estado que se considera caduco e ineficaz (Marfany, 1995). Se ha pasado en pocos años de la región a la nación, del regionalismo al nacionalismo, pero seguirán vigentes buena parte de los mitos paisajísticos. Los orígenes de la nación se buscarán en la montaña, en los Pirineos (y, concretamente, en el Canigó) y será también una montaña (Montserrat) la que se convertirá en el símbolo por excelencia de la patria catalana. Las alusiones a Montserrat, al Montseny, al Canigó y a los Pirineos en su conjunto por parte de los grandes poetas y escritores catalanes de la época son hartamente conocidas. La montaña representa para estos escritores un espacio virgen, puro, sagrado, intacto; un reducto de los valores morales que alimentan el carácter y la identidad del pueblo catalán, como puede observarse en las siguientes citas:

2. La palabra *noucentisme* no puede traducirse al castellano. No es equiparable, desde luego, al término 'novecentismo', a pesar de que a veces se traduce como tal. Expresa una nueva forma de entender el arte, la cultura y, en última instancia, el país, Cataluña. La clave de su significado se halla en la raíz de la palabra (*nou*), que en catalán tiene una doble significación: nuevo y nueve, refiriéndose por tanto, a la vez, a una nueva forma de pensar y al nuevo siglo que se inicia en 1900.

La montaña, árida, abrupta, es calcárea y cría buenas hierbas para el ganado. El fervor religioso de esas montañas era admirable, gente sencilla, separados del mundo civilizado, donde las creencias se conservan en su estado más puro (1887; Bosch de la Trinxeria, 1978: 270-271).

Un caudaloso manantial, una cueva basáltica... el lecho del río Fluvià, encajonado entre riscos y acantilados... todo esto y mucho más os elevará, sin que os deis cuenta, a un estado de perfección moral y de goce anímico (Gelabert, 1908, p. 98).

Quienes, como yo, palidecen ante la cosa más pequeña, tendrían que pasar temporadas en la Garrotxa para ahuyentar las filosofías de aquí abajo (Danés i Vernedas, 1913: 172).

La repercusión de la *Renaixença* fue muy amplia y dio paso a una construcción cultural, ideológica y, por extensión, política de carácter nacionalista que conocemos por modernismo y que tiene algunas similitudes –salvando las distancias– con ciertos postulados propios de la generación del 98. Como afirma Margarida Casacuberta (1998), la modernidad, tanto en España como en Cataluña, está íntimamente unida a la idea de regeneracionismo. Más allá de una estética concreta, el modernismo implica la adopción de una actitud especial ante un mundo en transformación, ante una crisis de identidad; una actitud que implica voluntad de renovación, de cambio, de mejora, de regeneración, en definitiva, de una sociedad que se percibe como enferma, atrasada, atrofiada, anacrónica. Esta actitud está tan presente en Santiago Rusiñol y Joan Maragall como en Miguel de Unamuno y Antonio Machado. El diagnóstico es parecido y aplicable al conjunto de la España de la Restauración. Sin embargo, las terapias difieren sensiblemente, porque parten de realidades particulares y se plantean en el marco de proyectos políticos, económicos, sociales y culturales muy distintos, por no decir opuestos. E incluso, dentro de cada uno de estos diferenciados proyectos culturales, la respuesta se expresará a menudo en lenguajes muy dispares, coincidiendo, eso sí, en conceder al arte y a la literatura un poder taumatúrgico a la hora de remover conciencias y superar la parálisis, los dogmas y los tópicos denunciados. Así pues, el modernismo lideró en Cataluña los primeros movimientos y partidos que, a inicios de siglo, aglutinaron a una buena parte de la intelectualidad y de la burguesía catalanas con ánimo de cambio y renovación.

Con su visión mítica y mística del paisaje, el catalanismo político se inició en el conocimiento científico y cultural de la montaña del país. El excursionismo tuvo aquí un papel sin duda relevante, adquiriendo una función de exploración *interior* y de redescubrimiento con efectos trascendentales, por ejemplo, para la protección del valioso patrimonio románico de los Pirineos, en grave proceso de deterioro y expolio. En 1904, Joan Maragall, socio del Centro Excursionista de Cataluña y poeta nacional por excelencia, resume perfectamente el espíritu del excursionismo catalán en unas pocas frases que vale la pena reproducir:

«Porque nuestro excursionismo no es un deporte, no es un recreo, no es un estudio, que es un amor; y no es tampoco un amor abstracto a la naturaleza, sino a nuestra naturaleza; [...] y mal puede querer un home a toda la tierra si no empieza por aquélla de la que está formado; en el amor a la patria está contenido el amor vivo a todo el mundo, y el que en nombre de éste reniega de aquél, es que no tiene ni a uno ni a otro... Porque nuestro amor a la naturaleza vive en el amor a la naturaleza catalana; Cataluña es para nosotros compendio del mundo, y nuestro amor universal en ella es donde más eficazmente se ejercita. Por eso podemos decir, con la cabeza bien alta, que el alma de nuestro excursionismo es el amor a Cataluña, y en eso sí que todos somos uno» (Joan Maragall, 1904; en *Obres completes de Joan Maragall*, 1960: 860).

El excursionismo catalán nace en el preciso momento en el que se consolida el catalanismo político. Estrechamente ligado a los primeros pasos de la geografía catalana moderna (Martí Henneberg, 1994), fue «la indagación sobre los orígenes, la investigación de la personalidad y la necesidad de establecer un inventario general del país» (Casassas, 1979: 10) lo que condujo a un determinado sector de la sociedad catalana finisecular hacia el excursionismo. No se trataba de una actividad deportiva cualquiera. La motivación de sus practicantes era, fundamentalmente, de carácter nacionalista y cultural, como atestigua el nombre originario del Centro Excursionista de Cataluña ('Associació Catalanista d'Excursions Científiques', fundado en 1876) o párrafos como el que siguen, escritos por socios del Centro:

A mi modo de ver, hay que sembrar cuanto antes por toda Cataluña una semilla de fe, de patria, de arte, de cultura; ésta es la semilla de aquellos ideales que atesoraban multitud de monumentos hoy demolidos y que, diseminados por nuestra tierra, hicieron, sin pensarlo, grande y poderoso a nuestro pueblo. Porque, si hoy lo pusiéramos a prueba, ¡tal vez resultaría pequeño, pensando, equivocadamente, que es vigorosísimo! (Danés y Vernedas, 1913: 181).

[...] y adquiriendo o fortaleciendo ciertas virtudes morales de enorme importancia individual y colectiva -constancia, compañerismo, disciplina, confianza en las fuerzas de uno mismo. Y ello por no mencionar la serie de conocimientos de Historia Natural, de Geografía, de Arqueología, de Historia o de Folclore que el excursionista adquiere, ni la admiración y el amor que siente crecer por la tierra que pisa, al tiempo que fruye de los grandes espectáculos naturales que se abren ante sus ojos (Batista i Roca, 1927: 6).

Entidades de carácter intrínsecamente catalanista, su difusión por el territorio fue muy rápida y su impacto social, notable. La actividad principal era la excursión propiamente dicha, pero a su alrededor proliferaban todo tipo de actividades e iniciativas: conferencias, sesiones académicas, inauguraciones solemnes de curso, asambleas anuales, certámenes, publicaciones, exposiciones e, incluso, constitución de museos, bibliotecas y estaciones meteorológicas.

Como *corpus* de una doctrina más o menos coherente, la ideología nacionalista catalana se formula entre la publicación de *Lo catalanisme*, en 1886, de Valentí Almirall, y la de *La nacionalitat catalana*, en 1906, de Enric Prat de la Riba (Llobera, 1983). Pues bien, es interesante resaltar que la idea de *Volkgeist* está muy presente en este periodo y se convierte, a partir de entonces, en un rasgo persistente del nacionalismo catalán. *Volkgeist* es un concepto de origen alemán que podría traducirse a grandes rasgos por 'espíritu del pueblo' o 'alma colectiva' y que procede de la raíz *volk* (pueblo). Este alma nacional o *Volkgeist* se forma históricamente en un espacio concreto, por lo que el territorio –y su rostro, el paisaje– se convierte en un componente esencial de la idea de *Volkgeist*. Unos años antes, en plena *Renaixença*, Xavier Llorens i Barba ya se había referido a menudo a ello:

Si atraídos por la variedad que en su fisonomía cada uno de estos pueblos presenta, ahondamos en su vida íntima, examinando el genio de su lengua, familiarizándonos con sus costumbres, inquiriendo sus opiniones, descifrando el sentido de su religión e investigando la naturaleza de sus instituciones políticas y civiles; si estudiamos sus monumentos literarios, y ponemos los ojos en sus creaciones artísticas, ¿cómo negarnos a reconocer un fondo de ideas elaboradas paulatinamente por la nación entera, hijas de un espíritu común que estampa un sello en todas sus producciones? ¿Cómo no admitir la existencia de un espíritu nacional, debido a las condiciones históricas de cada pueblo, que viviendo a través de los

tiempos y recogiendo la flor de la actividad de cada una de las generaciones, apartados los efímeros productos de pasiones pasajeras, concentra las ideas, cobija los grandes sentimientos nacionales y determina y mantiene los rasgos de su fisonomía moral? (Llorens i Barba, 1854. La cita también puede leerse en Molas, Jorba, Tayadella, eds., 1984: 121).

Más tarde, en *La nacionalitat catalana* (1906), Enric Prat de la Riba es claro y tajante al respecto:

El ser y esencia del pueblo están, no en las razas ni en las lenguas, sino en las almas. La nacionalidad es, pues, un *Volkgeist*, un espíritu social o público (página 104). El pueblo es, pues, un principio espiritual, una unidad fundamental de los espíritus, una especie de ambiente moral, que se apodera de los hombres y los penetra y los moldea y trabaja desde que nacen hasta que mueren. Poned bajo la acción del espíritu nacional gente extraña, gente de otras naciones y razas, y veréis cómo, suavemente, poco a poco, va revistiéndolas de ligeras pero sucesivas capas de barniz nacional, va modificando sus maneras, sus instintos, sus aficiones, infunde ideas nuevas en su inteligencia y hasta llega a torcer poco o mucho sus sentimientos. Y si en vez de hombres ya hechos, le dais niños recién nacidos, la asimilación será radical y perfecta. El espíritu nacional no existiría, no se hubiera formado, si la estructura o la situación del territorio no hubiera sometido a su población a las mismas influencias, si una promiscuidad de las razas no hubiera engendrado ciertos tipos físicos medios o hecho prevalecer una raza determinada sobre las demás, si la unidad de la lengua no hubiese vaciado en un molde único el pensamiento nacional. Pero una vez constituido, sólo la destrucción del pueblo puede aniquilarle; caerá el derecho, enmudecerá la lengua, se borrará hasta el recuerdo de su existencia, mas por debajo de las ruinas seguirá latiendo el espíritu del pueblo, prisionero del derecho y la lengua y el poder de otro pueblo, pero luchando siempre y aguardando la hora de hacer salir otra vez a la luz del día su personalidad característica (1906; Prat de la Riba, 1982, reedición de la edición castellana de 1917: 108-109).

La raza, la lengua, el arte, las leyes... y también el territorio quedarían englobados en este concepto más amplio, difuso y vago del *Volkgeist*. De cada autor dependerá el mayor o menor énfasis puesto en cada uno de estos elementos más específicos. Los *Volkgeist* de un Joan Maragall o de un Enric Prat de la Riba, por ejemplo, son algo más 'territoriales' que el de otros autores:

El alma de un pueblo es el alma universal que brota a través de su suelo. El alma catalana es pirenaico-mediterránea: los adustos Pirineos descienden en pétreo oleaje y se amansan a medida que se acercan a la dulce mar latina, de claro horizonte: en el horizonte de la mar hay las claridades de Italia, de Grecia. El alma catalana es adusta y clara (Maragall, 1904).

Solidaridad es la tierra, ¿lo oyes? Es la tierra que se yergue en sus hombres. ¿Has oído alguna vez aquello de: 'Si sucediera tal cosa incluso las piedras se erguirían'? Pues ahora estamos ante eso: que las piedras se yerguen; que cada hombre es un pedazo de tierra nativa con rostro y ojos y espíritu y brazo; y la tierra no es carlista, ni republicana, ni monárquica, sino ella misma, que grita, que quiere su espíritu propio para regirse; y lo grita en todos sus hijos, republicanos, monárquicos, revolucionarios, conservadores, campesinos, ciudadanos, blancos y negros, ricos y pobres (Maragall, 1907).

La tierra es el nombre de la patria, la tierra catalana es la patria catalana: todas las generaciones lo han consagrado. La tierra de los padres que guarda los despojos de nuestros muertos y guardará los nuestros y los de nuestros hijos, es la tierra viva de las generaciones que son la ubre nunca seca que nutrirá a las generaciones venideras como ha nutrido a las

pasadas. Cuando Cataluña quedó pobre y sometida, cuando se convirtió en provincia, el espíritu catalán, arrojado de las alturas, esperó oculto en las clases rurales a que volviese el tiempo de germinar, crecer, florecer y medrar ufano. Las gentes apegadas a la tierra por tradición, por amor, por necesidad de vivir, vinieron a ser el claustro materno donde el espíritu catalán fue a refugiarse, donde sintió el primer impulso de germinar y crecer (1906; Prat de la Riba, 1982, reedición de la edición castellana de 1917: 47-48).

En este momento, como en tantas otras ocasiones, la arquitectura también asumió un rol simbólico muy importante, que se plasmó en la reconstrucción del monasterio románico de Ripoll –cuna de la catalanidad– o en las mansiones burguesas que se levantaron en muchas ciudades –sobre todo en Barcelona– reproduciendo castillos medievales, dragones y referencias a Montserrat. La arquitectura de Gaudí –por otro lado tan estrechamente vinculada a la poesía de Verdaguier– puede ser leída también en clave de renaturalización de la ciudad moderna que Barcelona representaba. En realidad, Gaudí, con sus recurrentes elementos vegetales y figuras zoomórficas de toda clase y género, aspira a que la naturaleza ‘ocupe’ la ciudad, la invada de nuevo. El verdadero *skyline* de la Barcelona de la época estaba dominado por decenas de altas y esbeltas chimeneas fruto del frenesí industrializador de la burguesía catalana: con ellas quiere competir Gaudí cuando diseña y levanta el templo de la Sagrada Familia.

Pero esta perspectiva romántica del paisaje en general y de la montaña en particular fue cuestionada poco después, a principios del siglo XX, por el *noucentisme*. Desde esta corriente, también con fuertes vínculos europeos, se argumentaba y difundía otra *mitología* sobre la que basar la identidad del país: la clásica del Mediterráneo. En palabras de Jaume Bofill i Matas (Guerau de Liost en el mundo de la poesía):

Si una organización social y política tiene que reflejar el espíritu de la raza y de la tierra, la organización político-social catalana debe ser eminentemente clásica, mediterránea. (Bofill i Matas, 1983, original de 1908: 7).

De ahí se infiere claramente una concepción organicista de la nación, llena de referencias geográficas:

El individuo come y crece, se educa, trabaja y se instruye y se enriquece; en suma, crece corporal y espiritualmente. Pero a veces cambia su fisonomía, su carácter, aunque nunca cambia por completo su persona. Lo mismo les sucede a las naciones (Bofill i Mates, 1908: 24).

Para Bofill, la nación es un órgano vivo, con cabeza, cuerpo y alma. Barcelona será la cabeza, ‘el cap i casal’ de Cataluña, y las comarcas y áreas rurales, sus órganos. De ellas nacerá el ‘plantel’ o vivero de los futuros ciudadanos que deberán producir la ‘oxigenación de la sangre nacional’. El alma de este conjunto campo/ciudad nacerá de la interrelación de toda una serie de elementos como la lengua, el territorio, el derecho, el arte, la economía, el espíritu de trabajo y de iniciativa y la historia.

Este cambio de rumbo, como puede imaginarse, tendrá implicaciones muy importantes y a todos los niveles, empezando por las artes y acabando por la política. Los cantos a la naturaleza salvaje, violenta y desconocida, a la irracionalidad del modernismo dan paso a un elogio del paisaje armónico, humanizado, construido, que transmite calma y convivencialidad, muy conveniente, dicho sea de paso, para una burguesía que anhela hegemonía y estabilidad social en una sociedad catalana con violentos enfrentamientos sociales. Una burguesía, por cierto, que en 1901 gana las

elecciones municipales en Barcelona y que a partir de aquí construye –en la teoría y, parcialmente, en la práctica– su modelo de ciudad y de país.

Hay que admitir, sin embargo, que algunos de los rasgos típicos del *noucentisme* descritos más arriba estaban también presentes, originariamente, en el modernismo, pero ello no será reconocido por los *noucentistes*, sino todo lo contrario: para distanciarse de los modernistas, para marcar distancias con un movimiento que consideran caduco, enfatizarán sus tópicos y clichés y obviarán los evidentes elementos de continuidad entre ambos movimientos. A lo salvaje, a la naturaleza y a la montaña opondrán la cultura, la civilidad, el artificio, el clasicismo, la ciudad.

El primer y principal ideólogo del *noucentisme* fue el escritor Eugeni d'Ors, que se convirtió en consejero áulico de la burguesía industrial dominante, además de un intelectual sin comparación posible en aquella época. Nadie como él argumentó el proyecto catalanista en relación con el Mediterráneo y su capacidad de transformar el paisaje cultamente, de construirlo civilizadamente. De este modo, en un texto de 1906 titulado oportunamente *L'arranjament de les muntanyes*, habla de «arbitrar la montaña en arquitectura» y de «llenar las montañas de caminos» (D'Ors, 1982; original de 1907). Pero D'Ors introduce otro aspecto fundamental de cara a edificar un imaginario geográfico para el proyecto nacional catalán: la Cataluña de D'Ors no podía pensarse únicamente como un país rural y montañoso; tenía que ser también *ciudad*, concepto ya utilizado, entre otros, por Aribau, Verdaguer y Rusiñol, pero que D'Ors redefinirá en un sentido político. El clasicismo mediterráneo servía de nuevo como base ideal de la Cataluña-ciudad.

Con esta opción, que se impuso como referente del partido hegemónico –la Lliga Regionalista–, la Mancomunidad de Cataluña estructuró entre 1913 y 1923 un programa político que combinaba el idealismo del modernismo con el pragmatismo, en definitiva, del *noucentisme*. Una vía intermedia, no siempre sencilla, que se demostró eficaz para aglutinar tanto a la burguesía urbana como a los terratenientes; tanto a los modernizadores de la sociedad como a los conservadores; tanto a la montaña como a la ciudad. Era el mito de la Cataluña-ciudad: una Cataluña ideal, moderna, integradora, culta, civil, bella, pacífica... y catalana, que se ha mantenido, incluso hasta hoy, como una especie de utopía autóctona.

La ciudad *noucentista* tiene un claro componente conservador. El *noucentisme* ignora los aspectos negativos y perturbadores de la ciudad: la pobreza, los barrios degradados, los bajos fondos. En su modelo de ciudad ideal, de ciudad clasicista, que extiende al conjunto de Cataluña a través del mito de la Cataluña-ciudad, son notorios los valores de equilibrio, orden, armonía, serenidad, paz social, ciudadanía. Reelaborando el legado del modernismo, el *noucentisme* apunta hacia una naturalización de la ciudad, hacia una traslación a la ciudad de algunos valores propios de la Cataluña rural, a través del modelo de ciudad-jardín y de la creación de abundantes parques y jardines. Paradójicamente –y sirva como una muestra más de que los elementos de continuidad entre el modernismo y el *noucentisme* son tan importantes como los de ruptura– quien mejor supo naturalizar la ciudad a través de la arquitectura fue precisamente, como hemos visto más arriba, la figura más representativa del modernismo, Antoni Gaudí, cuyo catolicismo extremo y fuerte conservadurismo quizá ayude a explicar esta contradicción.

En resumen, en esta primera fase se originaron los dos arquetipos paisajísticos con los que el nacionalismo catalán ha convivido a lo largo del último siglo y medio (Nogué, 2005): el de la Cataluña verde, húmeda, pirenaica, de montaña, impulsado por la *Renaixença* y recogido en buena parte por el modernismo, y el de la Cataluña mediterránea, marítima, soleada e intensamente humanizada, generado por el *noucentisme*. Dos arquetipos que se han ido alternando, en algunas

ocasiones complementándose y en otras excluyéndose, pero que muestran, en definitiva, el gran interés por la cuestión del paisaje que se suscita en aquellos años y que seguirá vivo hasta 1939, interés que se traslada también al ámbito del paisajismo, el urbanismo y la ordenación territorial. Solo así se explica la consideración del paisaje en las primeras políticas turísticas de la época, como se observa en el libro *Organització Turística de Catalunya*, de Antoni Muntanyola, publicado en 1932, y que representa un auténtico programa para una política de turismo sensata y respetuosa. En él leemos: «El confort higiénico, el respeto al carácter y el sentimiento del equilibrio y buen gusto en las instalaciones y edificaciones públicas y privadas no son solamente síntomas de cultura, sino unos imperativos de civilización. Todos los países vanguardistas prestan especial atención a estos intereses.....» (Muntanyola, 1932: 33).

Y solo así se explica la aparición de figuras avanzadas a su tiempo, como la de Nicolau Rubió i Tudurí, (Maó 1891 - Barcelona 1981), una de esas personalidades extraordinarias y poliédricas que aparecen muy de vez en cuando. Sus aportaciones en el campo de la arquitectura, el paisajismo o el urbanismo, así como en otras áreas como la literatura de viajes, el ensayo político o incluso la novela y el teatro, le confieren un indudable interés como testigo, actor y narrador de excepción de un periodo fundamental de la historia reciente. Fue uno de los artífices de la Exposición Universal de Barcelona de 1929, participando activamente en el diseño de algunos de los espacios más emblemáticos de este evento, como la ladera de la montaña de Montjuïc o la urbanización de la Plaza de España de Barcelona. Su labor al frente del departamento de parques y jardines de Barcelona dio lugar a algunos de los parques más emblemáticos de la ciudad, como el de la Ciudadela, los jardines del palacio de Pedralbes, los jardines del Turó Parc o los de la Sagrada Familia. Durante el periodo republicano, además, Rubió trabajó junto a su hermano Santiago en una ambiciosa propuesta de planificación regional para el área metropolitana de Barcelona, conocida como el «regional planning», considerada la primera aproximación a la planificación territorial de ámbito metropolitano en España. Esta vinculación política le llevó a un autoexilio en París desde 1937 hasta el final de la segunda guerra mundial.

3. La larga noche del franquismo

Todo ello se irá al garete a partir de 1939. Tras el final de la Guerra Civil, el triunfo del franquismo y el exilio de políticos e intelectuales catalanistas de primera fila que habían mostrado una gran sensibilidad hacia el territorio y el paisaje dejó muy pocos espacios al catalanismo y a cualquier interpretación del paisaje que se vinculara al mismo. Pocos espacios, pero significativos, como las descripciones paisajísticas de un Josep Pla, que representan una vía indirecta, elíptica, para mantener la memoria histórica del país a través de la memoria del paisaje. O las profundas reflexiones de un Jaume Vicens Vives en su célebre *Notícia de Catalunya*, en el que escribe:

«En la montaña se ha creado el nervio de la mentalidad catalana. No hay que olvidar que hasta el siglo XIII la montaña guardó las reservas humanas y espirituales del país y que los creadores de nuestra personalidad fueron hombres montañeros. Al decir Oliba de Vic, lo decimos todo: la Seu, Vic, Ripoll, Cuixà, Girona. La montaña vivía entonces espléndidamente. Refugio ante los musulmanes, sus valles rebosaban de gente: iglesias, monasterios, villas, pueblecitos tejían y destejían la vida cotidiana. Durante tres siglos se formó en ella lo mejor de lo que podemos ufanarnos: el espíritu laborioso, la cordura, el sentido de continuidad, la tradición familiar y la responsabilidad social...

El contacto con la realidad mediterránea, milenaria, ha dado un carácter distinto a la Cataluña litoral. La gente de la costa es abierta, amiga de novedades, despierta, socarrona, sentimental, libre, difícil de someterse a una disciplina. Cataluña le debe los designios mercantiles, las altas construcciones políticas, el desarrollo intelectual, la proyección imperialista... En resumen, los hechos históricos parecen indicar que las grandes energías catalanas nacen y se hacen poco a poco en la montaña, con una tardanza áspera muy propia de nuestra tierra. Después, difundidas por el llano y la marina, cristalizan y reciben su forma definitiva.» (Vicens Vives, 1954: 27-28, edición de 1982).

Es interesante y muy significativa esta interpretación histórica tan anclada en el paisaje por parte, precisamente, de quien pasa por ser el fundador de la moderna historiografía catalana, que se supone algo alejada de la historiografía precedente, de corte más bien romántico.

Otras rendijas del franquismo por las que, muy sutilmente, se escurrirán visiones e interpretaciones del paisaje en clave identitaria serán, por ejemplo, las monografías comarcales y la práctica del excursionismo. En efecto, las monografías comarcales inspiradas en la escuela regional francesa encajan bien en ese contexto, independientemente del compromiso político de sus autores, a menudo alejado del activismo político. Aparecen en la época muchas monografías de ámbito comarcal, en algunos casos subcomarcal y en otros supracomarcal, pero aplicando siempre la misma metodología. Y algunas de estas monografías fueron tesis doctorales en su origen, como por ejemplo, *El Alto Ampurdán: Estudio de geografía regional*, de Albert Compte, de 1962; *La comarca de Olot. Estudio de geografía regional*, de Maria de Bolòs, de 1966; *Modos y formas de vida en el Delta del Llobregat durante los siglos XVI a XX*, de Jaume Codina, de 1970, o, por poner un último ejemplo, *El llano y la ciudad de Lérida. Estudio geográfico*, de Josep Tortosa, de 1978. A estas obras-tesis habría que añadir las equivalentes escritas por geógrafos y geógrafas extranjeros, como la celeberrima *Cataluña en la España moderna*, de 1962, la obra magna de Pierre Vilar, o *El paisaje humano de la Costa Brava*, de Yvette Barbaza, publicada en Francia en el año 1966.

Se da una absoluta coincidencia cronológica entre estas monografías académicas y otras obras de mayor divulgación, pensadas para el gran público, pero siguiendo los cánones metodológicos propios de la geografía regional. La conocida y celebrada *Geografia de Catalunya*, dirigida por Lluís Solé Sabarís y de la que ahora se celebran los cincuenta años, publicada en su momento por la editorial Aedos en tres grandes volúmenes, es el ejemplo más sobresaliente. Pero también son remarcables obras –de hecho, colecciones de libros– como *Catalunya Visió* (Nogué, 2012), que siguen a rajatabla la canónica división comarcal establecida por los geógrafos como una muestra de adhesión (más ideológica que metodológica) a una determinada forma de ver y de entender el territorio, aun no siendo propiamente una monografía comarcal en el sentido literal del término. *Catalunya Visió* es una extensa colección de libros que tuvo un gran impacto en la Cataluña del tardo franquismo. La colección se impregna claramente del proceso de reconstrucción de la identidad nacional catalana después de unas cuantas décadas de dura represión franquista, entroncando en este punto con una lejana tradición catalanista que concebía el paisaje como el espejo del alma nacional. Como sucede también en otros proyectos nacionalistas (Nogué, 1998), *Catalunya Visió* vincula el sentimiento de pertenencia a un país al conocimiento de su realidad geográfica³.

3. Salvando las distancias y el contexto, eso es exactamente lo que la Generación del 98 y Azorín en concreto también creían: «La base del patriotismo –escribe Azorín– es la geografía. No amaremos nuestro país, no lo amaremos bien, si no lo conocemos. Sintamos nuestro paisaje, infiltremos nuestro espíritu en el paisaje» (citado por Martínez de Pisón, 2012: 94).

El excursionismo, por su parte, representa otra nueva rendija por la que se cuela en el franquismo un discurso nacional anclado directamente en el paisaje. Desde sus orígenes, a finales del siglo XIX, el excursionismo catalán adquiere como función primordial la exploración del país y el redescubrimiento de la identidad nacional a través del conocimiento del territorio (Martí Henneberg, 1994). Este espíritu –muy propio en términos generales de la Renaixença, a la que ya hemos hecho mención- se mantendrá inalterable a lo largo del siglo XX, también bajo la dictadura franquista. Lo encontramos en un amplio abanico de iniciativas culturales y de prácticas sociales, desde el esculatismo –auténtica escuela de formación de futuros dirigentes nacionalistas- hasta proyectos editoriales diversos, pasando por iniciativas tan interesantes y únicas en su momento como la fundación de la editorial Alpina, de Granollers (detrás de la cual se hallaba la mano del geógrafo Salvador Llobet), especializada en mapas para excursionistas que, por primera vez bajo la dictadura, recuperaban la toponimia catalana original.

En cualquier caso, más allá de las iniciativas comentadas y de algunas otras que hemos obviado por falta de espacio, lo cierto es que, durante el franquismo, el tema que aquí nos ocupa quedó absolutamente anulado en los primeros años de la dictadura y, en los últimos, se fue recuperando poco a poco, con grandes dificultades.

4. De los primeros años de la democracia a la quiebra del consenso constitucional

El panorama cambia a partir de la restauración de la democracia y de la aprobación de la Constitución de 1978. La reestructuración de la organización político-administrativa del Estado va a implicar un nuevo marco de juego, en especial al transferir buena parte de las competencias de urbanismo, ordenación del territorio y medio ambiente a las comunidades autónomas. Viniedo de donde veníamos, en los primeros años de la democracia el énfasis se pondrá en temas de carácter urbanístico. Había que ordenar unas ciudades y periferias urbanas bastante caóticas y faltadas de equipamientos y servicios de todo tipo. Las asociaciones de vecinos, curtidas en las reivindicaciones de los últimos años del franquismo, van a desempeñar un papel muy relevante en estos momentos.

Poco a poco, la problemática ambiental, hasta entonces solo considerada por los minoritarios grupos ecologistas de la época, va a ir impregnando la legislación e introduciéndose en el planeamiento urbanístico y territorial, aunque habrá que esperar a la entrada de España en la Unión Europea (entonces Comunidad Económica Europea), en 1985, para que se diera un salto adelante significativo en este terreno. Las directivas medioambientales procedentes de Bruselas marcarán el paso de la política ambiental del Estado.

El paisaje brillaba por su ausencia en dichas políticas territoriales y ambientales tanto a nivel del Estado como de las comunidades autónomas. También en Cataluña. Volviendo al caso catalán, no será hasta el año 2.000, hasta aquella ya famosa adhesión unánime del Parlamento de Cataluña al Convenio europeo del paisaje, cuando por fin será posible hablar en mayúsculas de un interés manifiesto de la Administración por el tema del paisaje. El mencionado Convenio, impulsado por el Consejo de Europa, se aprobó en Florencia el 20 de octubre del año 2000 y, tan solo dos meses después, el 14 de diciembre, el Parlamento catalán se adhiere al mismo. De hecho, se trata de la primera cámara legislativa europea en manifestar dicha adhesión. ¿Se tradujo esta simbólica re-

solución parlamentaria en hechos concretos y, aún más, en una más adecuada consideración del paisaje por parte del Gobierno catalán? No. Al menos no de manera inmediata.

Las políticas territoriales, ambientales y culturales de los diferentes gobiernos liderados por Jordi Pujol durante 23 años no incorporaron nunca, en realidad, el tema del paisaje. Sí a nivel del discurso ideológico abstracto, pero no en forma de una acción de gobierno concreta, plasmada en políticas territoriales o sectoriales palpables. Se evocaban los grandes mitos paisajísticos del nacionalismo catalán (Montserrat, Canigó, etc., etc.), pero poco más. El nacionalismo catalán en el poder entre 1980 y 2003 siguió rememorando el carácter purificador, expiatorio y patriótico de la montaña. De ahí el tono sublime que se quiso dar a las gestas montaÑeras del presidente de la Generalitat, en sus ascensiones estivales al Tagamanent o a la Pica d'Estats. No es casualidad, por otra parte que, muchos años antes, Pujol fundara su partido en Montserrat, la montaña catalana más emblemática.

El nacionalismo en el poder generó durante años una fuerte tensión entre una ideología paisajísticamente muy marcada, con una gran gestualidad simbólica, y una praxis que respetó poco o casi nada al propio paisaje. Se optó por una fórmula que combinaba protección selectiva y explotación generalizada de aquello que no era explícitamente protegido, lo cual –todo sea dicho de paso– no era exclusivo del caso catalán ni del nacionalismo, sino que puede hacerse extensivo al conjunto de las políticas proteccionistas del Estado a lo largo de todos estos años y hasta el presente. Este doble discurso del nacionalismo catalán aplicado durante un periodo de prolongado y fuerte crecimiento económico como el de la década de 1990 y buena parte de la del 2000 puso de manifiesto las contradicciones inherentes que el modelo contenía.

Será esta política incoherente, junto con los desmanes urbanísticos que se desatan por doquier en los años de la especulación inmobiliaria febril, la que agitará una sociedad civil que empieza a darse cuenta de que algo no funciona. Durante este periodo, la dispersión del espacio construido provocó una fragmentación territorial de graves consecuencias ambientales y paisajísticas, empeoradas por el abandono de la actividad agraria. El crecimiento urbanístico desorganizado, espacialmente incoherente, desordenado y desligado de los asentamientos urbanos tradicionales destruyó la lógica territorial de muchos rincones del país. Ello, junto con la implantación de determinados equipamientos e infraestructuras pesadas y mal diseñadas, así como la generalización de una arquitectura de baja calidad estética –en especial en algunas áreas turísticas–, generó unos paisajes mediocres, dominados cada vez más por la homogeneización y la trivialización. La uniformización y la falta de calidad y originalidad de los tipos de construcciones mayoritarias produjo en muchos lugares un paisaje insensible, aburrido y sin el menor interés, sobre todo en los espacios suburbanos, fronterizos, de transición, en los que la sensación de caos y de desconcierto se vive con más intensidad. En los últimos decenios asistimos, en efecto, a la emergencia de territorios sin discurso y de paisajes sin imaginario; en suma, a un empobrecimiento paisajístico que arrojó por la borda buena parte de la idiosincrasia de muchos paisajes.

Y la sociedad civil reaccionó (Nogué, 2010). Se generó una conflictividad territorial generalizada inimaginable pocos años antes. Estos conflictos, de muy diversa índole, extensión y formas de expresión, tienen algunos aspectos en común que permiten un cierto análisis estructural, más allá de la casuística particular. Se trata de un nuevo discurso territorial procedente de una sociedad civil muy heterogénea, pero que tiene en común la encarnizada defensa de su territorio y de su idiosincrasia paisajística ante las agresiones que lo amenazan. Esta heterogénea sociedad civil prescinde cada vez más de los principios ideológicos clásicos y absolutos para centrarse en unas

reivindicaciones de preservación de ámbito local que se oponen a unas lógicas de mayor escala. Se reivindica lo propio, lo local, el paisaje autóctono agredido por el crecimiento imparable de la urbanización y de las infraestructuras, como resultado de unas políticas territoriales (y también ambientales y paisajísticas) a menudo mal diseñadas y, sobre todo, mal explicadas. Asistimos a movilizaciones protagonizadas por plataformas cívicas que aglutinan a gran diversidad de perfiles sociales y culturales, pero que comparten la defensa de un lugar común y singular. Y, en este contexto, el paisaje actúa a modo de catalizador, de eje vertebrador de este descontento territorial. Por eso su valor simbólico e icónico crece de manera espectacular y también por eso el concepto, el término, entra en la agenda del activismo político y desplaza a otros conceptos, a otros términos de carácter ambiental algo desgastados, diluidos, descafeinados, como el de sostenibilidad. Ante la pérdida del carácter territorial local debida a procesos no consensuados y casi siempre mal explicados, la sociedad civil reacciona de manera cada vez más indignada, generando un estado de opinión –casi diríamos de ánimo– que, a su vez, conecta perfectamente con una corriente de fondo que reclamaba, desde hacía años, una nueva cultura del territorio.

5. El reencuentro con el paisaje: Cambio de paradigma, sociedad civil y derecho de autodeterminación

Y es justamente esta nueva cultura del territorio la que por fin se hace visible, se manifiesta e incluso, más recientemente, llega al poder en algunos pueblos y ciudades en las elecciones municipales de mayo de 2015. Los partidos políticos convencionales, de momento, se han visto desbordados en la medida en que casi todos ellos son considerados, en mayor o menor grado, como cómplices de una lógica de desarrollo territorial agresiva y como copartícipes del ‘engaño’ del discurso paisajístico hegemónico en el período anterior. A ello contribuye, sin duda, una crisis de confianza en las instituciones y en los sistemas de representación política oficiales, al no encontrar en ellas ni la respuesta esperada ni la adecuada, lo que conlleva un progresivo distanciamiento del lenguaje y de las estructuras políticas tradicionales por parte de muchos colectivos.

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que esta nueva cultura del territorio es una manifestación más de algo que tiene un gran calado: un cambio de paradigma, en el sentido más amplio de la palabra. Las clásicas estructuras materiales e ideológicas que se creían infalibles se están resquebrajando, están perdiendo su aura de solidez y de consistencia. Los pilares del sistema de producción y de consumo hegemónico muestran grietas y el modelo de crecimiento y los valores sociales imperantes se ven cuestionados por nuevas actitudes ante el trabajo, ante los recursos naturales, ante el lugar. Se reclama una vida más plena, más llena de sentido, en la que el individuo sea dueño de su destino, controle su propio tiempo, se alimente de manera más sana y viva una existencia en plenitud. Nos hallamos ante una sociedad civil que no tiene ningún problema en reconocer la importancia que tiene vincular las emociones a los lugares, a los paisajes y, en general, a la gestión del espacio público. Son perceptibles nuevos proyectos y actitudes, nuevos valores, nuevas formas de organización social que, en algunos casos, emergen casi de la nada y, en otros, se han reforzado precisamente gracias a la hecatombe económica, social y cultural provocada por la tan manida crisis. El territorio está recuperando buena parte del protagonismo perdido, se ‘redescubre’ el lugar en el que se habita y se detectan con claridad las ganas que la gente tiene de interactuar con sus lugares de manera algo más intensa, profunda y a la vez pausada. Y ello incide, sin duda, en un incremento de la concienciación ciudadana hacia el paisaje y en su consideración como bien común, algo que quedó meridianamente claro en el seminario internacional «El paisaje como bien común», celebrado en Barcelona también en el año 2015 y organizado por el Observatorio del

Paisaje (http://www.catpaisatge.net/cat/jornades_becomu.php). Todo ello explica que el paisaje actúe a modo de catalizador, de elemento vertebrador de la creciente conflictividad de carácter territorial y ambiental palpable en nuestra sociedad.

La valoración contemporánea del paisaje catalán procederá, por tanto, sobre todo, de la propia sociedad civil. Es verdad que, paralelamente, el mundo académico se iba poniendo al día, ofreciendo másters profesionalizadores, impulsando grupos de investigación, generando metodologías y publicando libros y artículos sobre paisaje. Y también lo es que, por los mismos años, se dieron algunos pasos muy significativos desde el ámbito político y legislativo impulsados por el tripartito catalán, la coalición de izquierdas que gobernó Cataluña en el período 2003-2010, después de 23 años de pujolismo. Cinco años después de aquella histórica adhesión del Parlamento catalán a los principios del Convenio europeo del paisaje, se aprobará la Ley de protección, ordenación y gestión del paisaje de Cataluña y aquel mismo año 2005 nacerá el Observatorio del Paisaje, un ente a medio camino entre la sociedad civil y la Administración y auténtico dinamizador y catalizador de las políticas de paisaje en Cataluña. De la Ley surgirán los catálogos de paisaje que hoy, diez años más tarde, ya se han culminado y han tenido como principal y más visible resultado el mapa de 135 paisajes, que cubren todo el territorio. En estos diez últimos años, por tanto, se dará por primera vez una cierta confluencia entre la progresiva concienciación ciudadana en pro del paisaje y los instrumentos técnicos y legislativos y las acciones promovidas desde la Administración, a pesar de que la sociedad civil seguirá yendo muy por delante.

Lo interesante del caso es que esta confluencia se está dando en unos momentos de cambio de paradigma por lo que respecta a la nueva forma de entender la acción política y a las nuevas formas de gobierno del territorio que exige la sociedad, como ya hemos visto más arriba y como ha quedado evidenciado en los resultados de las elecciones municipales también más arriba aludidas. De ahí, en mi opinión, el interés que ha despertado esta lectura del territorio en clave paisajística, esta división en 135 unidades de paisaje que no son entidades político-administrativas, sino espacios de vida, lugares de encuentro, contenedores de memorias colectivas...e incluso, para algunos, ámbitos geográficos idóneos para repensar el gobierno del territorio, 'il governo del paesaggio', como dicen los colegas italianos.

Lo dicho hasta el momento no es exclusivo de Cataluña. Este 'retorno al lugar' en clave de profundización de la democracia participativa, que desde mi punto de vista está propiciando una nueva mirada hacia el paisaje, es un deseo que se nota y se palpa en muchas regiones y países. Lo que sí es propio del caso catalán es que ello ha coincidido con un incremento exponencial del porcentaje de población que reclama el 'derecho a decidir', eufemismo que no quiere decir otra cosa que dotarse de la capacidad de ejercer el derecho de autodeterminación. El 80% de arco parlamentario catalán coincide en este punto, tanto antes como después de las elecciones del 27 de septiembre de 2015, lo que no implica que estas mismas fuerzas políticas se declaren, todas ellas, a favor de la independencia. Sí es verdad que, encuesta tras encuesta, el porcentaje de población que en un referéndum de autodeterminación votaría simple y llanamente por la independencia se mueve en torno al 50% (los partidos claramente independentistas obtuvieron el 47,8% del voto en las últimas elecciones autonómicas de 2015), cuando, históricamente, se había movido en torno al 20%.

En efecto, Cataluña experimenta en los últimos años un ambiente de tensión política y de reivindicación social pacífica sin precedentes (Miley, 2013). Asistimos a una situación excepcional (Bel, 2013; Cardús, 2013; Guibernau, 2013), que no se entiende si solamente se consideran los habituales esquemas de análisis político y geopolítico. El hecho distintivo de esta excepcionalidad radica

en una movilización social sin precedentes y sin parangón en el resto del mundo occidental que se produce de abajo hacia arriba (*bottom-up*) y no de arriba hacia abajo (*top-down*), como suele ser habitual, y, también, en el hecho de que nos hallamos ante un movimiento social de nuevo cuño que trasciende la simple reivindicación identitaria para reclamar nuevas formas de democracia participativa. En este sentido, ni la clase política española ni la propia opinión pública del resto de España (muy influida por la sesgada visión de determinados medios) entienden muy bien qué es lo que está pasando en Cataluña en estos momentos, acostumbrados como estaban ambos a unas reglas de juego establecidas por la Constitución española de 1978, hoy más que cuestionadas, por no decir periclitadas. De hecho, incluso los propios políticos catalanes convencionales se hallan desbordados, estupefactos, ante lo que sucede en la calle.

El recorte y la desfiguración del *Estatut d'Autonomia de Catalunya* de 2006 cuatro años más tarde, en 2010, por parte de un Tribunal Constitucional muy politizado y después de haber sido aprobado por las propias Cortes españolas, el Parlamento catalán y en referéndum (lo que es algo inaudito); la incapacidad de las partes por entablar un diálogo político abierto y sincero para encontrar, de una vez por todas, un encaje adecuado de Cataluña en el Estado; el ahogo económico de una Generalitat de Catalunya que se ve incapaz de garantizar el estado de bienestar; los efectos colaterales de la grave situación de crisis económica que se desata con virulencia en 2009; todo ello, entre otras razones, provoca un deseo de 'volver a empezar' que se expresa a través del denominado 'derecho a decidir'. Un 25% de ciudadanos ha iniciado en los últimos años un viaje hacia la reclamación del derecho de autodeterminación que va más allá de las clásicas razones identitarias a las que históricamente se ha vinculado el movimiento secesionista en Catalunya, y que, como hemos señalado más arriba, oscilaba tradicionalmente entre el 20 y el 30% de la población, llegando ahora, por tanto, a la mitad de la población. Se trata de un movimiento ciudadano muy transversal, capaz de aunar diferentes visiones, clases sociales, edades e ideologías políticas en aras de un objetivo que trasciende el simple interés político-identitario para pasar a ocuparse de una cuestión más de fondo: construir algo mejor, emprender un nuevo proyecto para el futuro. Los analistas que intentan descifrar lo que está pasando a partir del mero interés político de tal o cual líder y de la supuesta y maquiavélica manipulación que ejercen sobre una población que sería poco menos que inmadura e infantil no solo faltan al respeto, sino que insultan a la inteligencia. El panorama es mucho más complejo.

Muchos autores coinciden en señalar que la excepcionalidad del proceso que actualmente se vive en Catalunya se encuentra en su naturaleza netamente ciudadana, en la forma mediante la cual la ciudadanía decide tomar la iniciativa y canalizar las ansias de cambio a partir de un discurso secesionista en clave positiva. Las ideas de cambio, esperanza, derecho a decidir, volver a empezar, etc., etc. impregnan una alternativa que ilusiona, y más a una generación de jóvenes que no vivieron la transición de la dictadura a la democracia y que se siente decepcionada por los casos de corrupción política y muy distanciada de las reglas de juego vigentes, así como castigada por la actual crisis económica, lo que les lleva, mayoritariamente, a apostar por una opción contundente y rompedora. En Catalunya se produce, por tanto, una revolución social al margen del sistema político tradicional, aunque, sin duda, lo condiciona. En este punto, emerge una clara dualidad entre el sistema de representación parlamentario y la movilización popular que, de forma espontánea, aunque especialmente intensa, tiene lugar desde 2010. En esta tesitura, los argumentos legales y/o jurídicos, en especial las referencias reiteradas al 'ordenamiento jurídico vigente' y a la Constitución española, parecen no convencer a nadie y están condenados al fracaso, porque la cuestión de fondo se dirime a otro nivel y con otros registros.

Mi impresión personal es que todo ello tiene mucho que ver con la actual revalorización del paisaje. Por descontado, la nueva cultura del territorio, que emerge precisamente ahora en el marco del cambio de paradigma más arriba descrito, conlleva un renovado papel del paisaje en tanto que transmisor de valores culturales y sociales. El 'retorno' al lugar que reclama la ciudadanía no es un retorno abstracto, sino un retorno a un lugar concreto, que tiene un rostro, una cara: un paisaje. A esa dimensión (no exclusiva de Cataluña) hay que añadirle el auge del independentismo y, más aún, del porcentaje de población que reclama un referéndum de autodeterminación, lo que sí es exclusivo de Cataluña. Y esa dimensión, como el lector puede imaginar, conlleva una revalorización simbólica del paisaje, de muchos paisajes, y no solo de aquellos que el nacionalismo decimonónico ya ensalzó en su momento, sino de otros tantos. El paisaje se concibe de nuevo como el resultado de un largo y lejano proceso de historicidad del territorio y de territorialización de la historia (Poulantzas, 1979), como un receptáculo del pasado en el presente, si bien ahora ya se acepta su intrínseco dinamismo. Esta idea, ya presente en todas las fases del nacionalismo catalán del último siglo y medio, no se circunscribe hoy día solamente a unos paisajes-símbolo entronizados hace décadas (Montserrat, Canigó,...), sino que –signo de los tiempos– se hace extensiva a los paisajes de la vida cotidiana, a los paisajes ordinarios, lo que representa una perspectiva radicalmente nueva, mucho más abierta. Si ya en su sentido más genérico aceptamos que el paisaje está lleno de lugares que encarnan la experiencia y las aspiraciones de la gente, y que dichos lugares se convierten en centros de significado, en símbolos que expresan pensamientos, ideas y emociones variadas, en el caso que nos ocupa, mucho más aún, porque muchos de estos lugares evocarán –también– un marcado sentimiento de pertenencia a una colectividad determinada, a una identidad determinada. En este contexto, el mapa de 135 paisajes de Cataluña, resultado de los catálogos de paisaje, es objeto de una nueva mirada, en tanto que paisajes con un carácter propio como resultado de las históricas interacciones entre naturaleza y cultura.

6. Conclusiones

Intentar interpretar y resumir en pocas páginas la génesis y la evolución de la valoración moderna del paisaje en Cataluña, desde mediados del siglo XIX hasta el presente, no es tarea fácil. Poco más se puede hacer que abrir la puerta a infinidad de temas y de aspectos que están aún por estudiar e investigar. Y, sin embargo, creo que ahora es, precisamente, el momento más indicado para hacerlo. La agitación social, cultural y política que vive Cataluña como mínimo desde el año 2010 invita a ello y muestra que la mirada sobre el paisaje no es para nada ingenua y aséptica, ni antes ni ahora.

De las cuatro etapas que he establecido para comprender mejor esta rica y compleja valoración moderna del paisaje en Cataluña que ocupa los últimos 150 años, la primera y la última son, según mi parecer, las más relevantes. Con ello no quiero rebajar el papel de las dos restantes, en muchos sentidos aún poco conocidas. Hay que investigar aún mucho más cómo el paisaje actuó como símbolo de resistencia catalanista durante los cuarenta años de franquismo y cuáles fueron sus actores principales. Aquí se han descrito algunas rendijas por las que se coló este paisaje 'de resistencia', pero aún quedan muchas lagunas. Y, por lo que respecta a la tercera etapa, la que iría de 1978 a 2010, más de lo mismo: quedan aún muchos aspectos por analizar. Han sido tres décadas muy intensas que han dado un vuelco a este país en muchos sentidos.

Sin embargo, creo que hay que prestar una atención especial a la primera y a la última etapa, por diversas razones. La primera etapa, la que va de finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil espa-

ñaola, es de gran relevancia por su carácter seminal y por la estrecha conexión de la valoración cultural y simbólica del paisaje con los orígenes del pensamiento catalanista. La última, porque se relaciona estrechamente con el cambio de paradigma impulsado por una sociedad civil que reclama, entre otros derechos, el de autodeterminación. Que el mapa de 135 paisajes de Cataluña, resultado de los catálogos de paisaje y proveniente, por tanto, de un instrumento de ordenación del paisaje contemplado por una ley haya traspasado de largo los límites de la Administración para ser utilizado por colectivos de todo tipo, incluso de carácter alternativo, como es el caso del Institut Cartogràfic de la Revolta, indica que, definitivamente, algo está pasando. Como mínimo, una nueva mirada al paisaje –inesperada hasta hace cuatro días- está emergiendo. En la presentación de dicho movimiento se lee, en la primera página de su web, lo siguiente, justo debajo de un mapa de Cataluña:

«Esta es una cartografía en continua construcción. Aquí podréis ver una Cataluña sin divisiones administrativas. Hemos eliminado las comarcas y otras líneas de poder delegado. Nuestro mapa político de la revuelta solo reconoce las 135 unidades de paisaje con las que nos identificamos en tanto que personas arraigadas a nuestro territorio.»

Esta última etapa acaba de empezar, por lo que, como señalaba al principio del artículo, no disponemos de la suficiente perspectiva como para aventurar cuál será el desenlace final de la misma. Pero, a mi entender, ello no nos impide reconocer que estamos ante una encrucijada, ante una nueva etapa de gran calado por lo que respecta al papel que desempeñará el paisaje en las relaciones sociales y culturales, por no hablar de otras muchas consideraciones de tipo geopolítico, político, social y cultural.

7. Referencias bibliográficas

- Batista i Roca, Josep Maria (1927). *Manual d'Excursionisme*. Barcelona: Barcino.
- Bel, Germà (2013). «Strangers in our own land». En: Castro Liz (Ed.). *What's up with Catalonia? The causes which impel them to the separation*. Ashfield: Catalonia press, 129-133
- Bofill i Matas, J. (1983). «Classicisme nacional». En: Bofill i Mates, Jaume (Ed.). *L'altra Concòrdia i altres textos sobre el Catalanisme*. Barcelona: La Magrana.
- Bosch de la Trinxeria, Carles (1978). *Records d'un excursionista*. Barcelona: Selecta.
- Cardús, Salvador (2013). «What has happened to us Catalans?». En: Castro, Liz (Ed.). *What's up with Catalonia? The causes which impel them to the separation*. Ashfield: Catalonia press, 95-100.
- Casacuberta, Margarida (1998). «Entre les mosques i els jardins abandonats. Sobre regeneracionisme i decadentisme en el tombant de segle». En: Molas, Joaquín (Ed.): *1898: entre la crisi d'identitat i la modernització*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp.171-188.
- Casassas i Simó, Lluís (1979). «Pau Vila en l'evolució de la geografia catalana». En: *Divisió Territorial de Catalunya, La. Selecció d'escrips de geografia de Pau Vila, I*. Barcelona: Curial, 5-24.
- Danés i Venedas, Joan (1913). «De Sant Joan de les Abadesses a Besalú per la Garrotxa». *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, 220-222, 148-181.
- d'Ors, Eugenio (1982). *Glosari*. Barcelona: Edicions 62.
- Gelabert, Joseph (1908). *Guia Ilustrada d'Olot y ses valls. La Petita Suïssa Catalana*. Barcelona: sin editorial conocida.
- Guibernau, Montserrat (2013). «Secessionism in Catalonia: After Democracy». *Ethnopolitics*, 12(4), 368-393.
- Llobera, Josep Ramón (1983). «La idea de Volkgeist com a element definidor. La formació de la ideologia nacionalista catalana». *L'Avenç*, 63, 24-35.
- Llorens i Barba, Xavier (1854). *Oración inaugural que en la solemne apaertura de estudios del año 1854 a 1855 dijo en la Universidad de Barcelona*. Barcelona: Imprenta de Tomás Gorchs.

- Maragall, Juan (1904). «Alma Española». *Diario de Barcelona*, 24-I-1904.
- Maragall, Juan (1907). «L'Alçament». *La Veu de Catalunya*, 13-IV-1907.
- Maragall, Juan (1960). *Obres completes*. Barcelona: Editorial Selecta.
- Marfany, J.Ll. (1995). *La cultura del catalanisme*. Barcelona: Empúries.
- Martí Henneberg, Jordi (1994). *L'excursionisme científic i la seva contribució a les ciències naturals i a la geografia*. Barcelona: Empúries.
- Martínez de Pisón, Eduardo (2012). *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*. Madrid: Fórcola.
- Miley, Thomas Jeffrey (2013). «Blocked articulation and nationalist hegemony in Catalonia». *Regional & Federal Studies*, 23(1), 7–26.
- Molas, Joaquim; Jorba, Manuel; Tayadella, Antón (Eds.) (1984). *La Renaixença. Fonts per al seu estudi, 1815-1877*. Barcelona: UAB y UB.
- Muntanyola, Antoni (1932). *Organització Turística de Catalunya*. Barcelona: Arts Gràfiques L'estampa.
- Nogué, Joan (1998). *Nacionalismo y Territorio*. Lleida: Milenio.
- Nogué, Joan (2005). «Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña». En: Ortega Cantero, Nicolás (ed.). *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Madrid: Fundación Duques de Soria, 147-170.
- Nogué, Joan (2010). *Paisatge, territori i societat civil*. València: Editorial 3 i 4.
- Nogué, Joan (2012). «El valor iconográfico de la colección *Catalunya Visió* (1968-1974). Entre la tradición y la modernidad». *Cuadernos Geográficos*. 51- 2, 114-126.
- Poulantzas, Nicos (1979). *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Prat de la Riba, Enric (1982). *La nacionalidad catalana*. Barcelona: Aymà.
- Vicens Vives, Jaume (1954). *Notícia de Catalunya*. Barcelona: Àncora.

Sobre el autor

JOAN NOGUÉ

Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Girona y director del Observatorio del Paisaje de Cataluña (www.catpaisatge.net). Se doctoró en la Universidad Autónoma de Barcelona y amplió estudios en la Universidad de Wisconsin en Madison (USA). Ha sido profesor visitante en varias universidades europeas y americanas. Algunos de sus últimos libros son: *La construcción social del paisaje* (2007, ed.); *El paisaje en la cultura contemporánea* (2008, ed.); *Entre paisajes* (2009, traducido al italiano con el título *Altri Paesaggi*, 2010); *Paisatge, territori i societat civil* (2010), en estos momentos en proceso de traducción al italiano. Ha coordinado y editado la traducción al español de la obra de John B. Jackson, *Descubriendo el paisaje autóctono* (2010), la de Eric Dardel, *El Hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica* (2013) y la de Yi-Fu Tuan, *Geografía romántica. En busca del paisaje sublime* (2015). Es codirector de la colección de libros "Paisaje y Teoría" de la editorial Biblioteca Nueva. Es Premio Rey Jaime I de "Urbanismo, Paisaje y Sostenibilidad" en la edición de 2009, miembro del comité científico de la Fondazione Benetton Studi Ricerche y presidente del jurado internacional del premio 'Fare Paesaggio', impulsado por la Provincia Autónoma de Trento (Italia).